

Por
Eugenio Enríquez
 Psicólogo Terapeuta

Formar mentes dispuestas con mayor productividad

Mantenga una correspondencia afectiva con su actividad laboral para hacer de su ejercicio profesional algo productivo y placentero.

El trabajo es la prolongación de la mano, o mejor aun, del cuerpo. Aquello que el hombre produce, una vez existe, adquiere una identidad que trasciende a su hacedor. Un edificio es más que una idea, los planos y la fuerza de trabajo que se necesitaron para construirlo. Una vez terminado es un sólido que rebasa en el tiempo la vida misma de su artífice. Y si eso es un edificio, ¿qué podríamos decir de un libro o de una composición musical? El hombre sobrevive a su muerte por el trabajo que ha realizado. En las profesiones de servicio esto es menos notorio, pues la apariencia del trabajo hecho no toma las formas sólidas de los objetos: de un hospital no salen productos, ni de una universidad bienes, pero salen hombres sanos y capaces. El servicio del médico o del docente se sentirá fuera de él y a través de los otros, tal vez muy lejos en el espacio y el tiempo.

Iniciemos nuestra reflexión preguntando por la acti-

El adulto sano es similar al niño que juega, tiene energía abundante y actitud dispuesta para la acción. Mientras el neurótico invierte su energía en angustia, ofreciendo una mínima productividad.

tud con que se acerca el hombre al trabajo. Si allí se forja su destino como ser amante, creador y pensante, debería hacerlo con la devoción con que un creyente se acerca a su templo. ¿Qué sucede entonces, cuando tantas personas van a sus puestos de labor con más tristeza que alegría, con más resignación que

entusiasmo? ¿Por qué parecen haber perdido el sentido de lo que hacen?

Nos parece útil examinar la diferencia entre el hombre que acude a su fragua con actitud sana, alegre y enérgica y el que lo hace en forma neurótica, triste y pesada. Dos personas pueden hacer el mismo trabajo, idénticamente remunerado, con diferente disposición. Actitud sana o neurótica, hombre sano o neurótico, es una nomenclatura simple, pero suficiente para la reflexión propuesta.

Gozo o angustia

Los niños, en el juego, proponen un modelo para el trabajo del adulto, pues unen un gran deseo a una gran productividad. Si comparamos el juego de los niños con el trabajo de los adultos neuróticos, podemos encontrar oposiciones radicales que nos permiten ver, en la contradicción, los dos estilos que tiene el ser humano para involucrarse en una actividad. Examinemos los dos modelos:

Disfrute significa correspondencia afectiva con el trabajo. Si es así, se entrega al ser en ello. Resolver un problema conlleva un estado de placer. Observemos un ajedrecista: está concentrado pensando con todo su cuerpo en el juego; en su interior bullen múltiples inquietudes: atrapar al contendor, capturar su intención, y planear los próximos movimientos.

Pero disfrutar no es sonreír todo el tiempo. En el momento de imaginar un diseño nuevo, el ingeniero puede tener su rostro tenso por la concentración que el pensamiento impone a los músculos faciales. Después de una tarde cultivando su huerto, el hortelano llegará a casa con brazos y piernas cansados. En el transcurso de una jornada de trabajo, hay desfallecimientos y ocasionales vacilaciones. El modelo sano no propone un tipo perfecto, pues un hombre así es tan neurótico como el inerte. La fluidez es necesaria para la vida, no la rigidez. El disfrute incluye la posibilidad de va-

riación y error, cuyo reconocimiento no es posible para los perfeccionistas.

Indudablemente el modelo infantil del juego presenta fallas, como la carencia de planeación y de un sistema de evaluación, pero lo utilizamos como ejemplo para ilustrar la manera como se invierte la energía con apasionamiento y placer. Wilhelm Reich ha estudiado profundamente este tema en su libro "Análisis del carácter", en el capítulo llamado "carácter genial y carácter neurótico".

La energía del adulto sano, como la del niño que juega es abundante y está siempre disponible para la acción. En cambio, en el neurótico la energía se consume por la angustia, elemento primordial para la formación de enfermedades síquicas. ¿Quién no ha sentido el tedio en su vida? Éste es el mejor ejemplo de una condición neurótica: el individuo quisiera hacer muchas cosas, pasan por su mente varias posibilidades, pero se siente frenado para hacer cualquiera, entonces sobreviene la parálisis. El tedio dominical, típico de la gente rutinaria, aparece como consecuencia de tener tiempo libre. Curiosa paradoja: durante la semana al individuo le aburre la rutina y anhela tiempo libre, pero cuando al fin llega, no sabe qué hacer y anhela la rutina. Una de sus víctimas es la gente adinerada que ha consumido y ensayado sin medida. Pero la falta de creatividad le ha llevado a desperdiciar su tiempo y sus recursos. Anhelan nuevos productos para comprar, un chisme que les abra la boca, la experimentación de una conducta sexual que alguien



Modelos de actitud laboral

Modelo sano

- Disfrute enorme de su acción
- Deseo
- Adherencia con toda la energía
- Creatividad en todo momento
- Alta productividad sin límites
- Ausencia de temor al cansancio

Modelo neurótico

- Disfrute sólo del pago
- Necesidad de pago
- Adherencia lánguida y perezosa
- Procedimientos rutinarios
- Productividad mínima, la exigida por un estándar impuesto
- Rechazo al cansancio

invente, etc. El tedio mata la ilusión, el entusiasmo y agota las reservas de energía síquica, lo cual conduce a una agitación inútil, pues es la agitación de la impotencia.

Alianza de miedo y rutina

Otro factor de neurosis es el miedo a lo desconocido. Constituye una barrera para muchas personas que quisieran hacer mejores cosas. La creatividad y la rutina son opuestas. La creatividad se da la mano con la cosa nueva, el uso insólito y con la transformación de los modos tradicionales de concebir y ejecutar.

Bachelard habla de tres interrogantes que generan conocimiento: ¿Qué? ¿Por qué? ¿Por qué no? Esta última es la pregunta preferida de los creadores. Freud es un ejemplo clásico. Utilizó en su trabajo los sueños, los pequeños olvidos y los errores cotidianos. Construyó el inmenso sistema teórico del psicoanálisis con elementos que otros no pudieron ver.

Pensando en soluciones, cambiamos el lenguaje. André Maurois señala que el concepto de trabajo ha sido distorsionado hasta llegar a ser definido por el diccionario como "tomarse la pena de ha-

cer algo". En el registro cotidiano trabajar está asociado con dolor, sacrificio y resignación. Pero ¿acaso la realización de una obra debe ser dolor? Paul Tillich diría que trabajar es tener "el coraje de ser", esto es sentirse sujeto a la propia acción. Cuando sobreviene la angustia porque han caído los ídolos que uno colocó en la sociedad, en la patria o en la familia, cuando hemos trabajado con miras hacia algo que después supimos que no existía, cuando hay duelo... aún nos queda la posibilidad de llegar a ser... haciendo.

El coraje es virtud esencial. Así lo enseña la historia de hombres que se acercaron a su trabajo con el pensamiento y el deseo en sus manos. No gozaron de las condiciones óptimas, pues ni su época, ni su familia fueron ideales. Paganini aprendió a tocar el violín y llegó a ser un virtuoso al lado de un padre severo que no le permitía el descanso. Edgar Allan Poe tuvo un padre alcohólico y una familia conflictiva. Los padres de Einstein no vivían juntos y los profesores lo evaluaron como un muchacho problema con lamentable pronóstico. Nos equivocamos si pensamos que lo importante es vivir sin problemas. Habría que leer, entonces, el Elogio de la dificultad, de Estanislao Zuleta.

Buffón dijo que el estilo es el hombre. Cada alfarero tiene una forma propia de manipular su arcilla. El jarrón tomará la forma que le impriman sus manos pero, tras ellas, está un corazón que ama su quehacer y un pensamiento que reflexiona sobre él. ☺